

zas en los anatemas á sus errores de pensamiento y á sus yerros de proceder y de conducta. Nada tan temerario en su vida como el descenso desde los tabernáculos majestáticos, levantados por los pueblos antiguos á sus reyes absolutos, al desordenado festín de los guardias, quienes, tomados del vino, dijeron la verdad sobre los afectos íntimos de los cortesanos y de los militares versalleses y de la dinastía y de los reyes mismos al pueblo francés y al Congreso Nacional: pero purgó tamaño arresto con una tan terrible pasión desde Versalles al municipio parisién y desde el municipio parisién al presidio de las Tullerías, que no se atreve uno á maldecirla cuando tantos motivos tiene para compadecerla. Y no escarmentará la Reina, ¡ah! no escarmentará. Ningún dolor la corregirá. Ninguna experiencia le mostrará enseñanza que tome y guarde. Como dice nuestro refrán: «Genio y figura hasta la sepultura.»



CAPÍTULO TRIGÉSIMO-SEGUNDO

La evocación de Carlos Noveno.

UN estado político tan extraordinario como el estado que la revolución produjo, se forma por otro estado mental previo, como el que produjeron la filosofía enciclopedista, la literatura sentimental de Rousseau con el criticismo volteriano, la escena y las comedias revolucionarias. Cuanto la filosofía francesa pensara y dijera desde los tiempos del gran Descartes, muy cercanos á la Reforma y al Renacimiento, hasta los tiempos de Condillae, muy cercanos á nuestra edad, quedó en las alturas inaccesibles de una metafísica más ó menos abstracta, y no se mezcló por ende ni con los átomos de la sangre, ni con los latidos del pecho, ni con las vibraciones del sistema nervioso, ni con la levadura que amasa las costumbres, ni con el espíritu general de aquella sociedad. La Enciclopedia de Diderot con sus claridades, el contrato social de Rosseau con sus apotegmas, la risa de Voltaire contra los viejos ídolos y los viejos principios con sus contagios, las incendiarias comedias de Beaumarchais con sus letales gracias y sus irreverentísimos atrevimientos, condensaron una idealidad tal, un espíritu colectivo tan vivificador, una tan grande animación que á sus impulsos tomó Lafayette la espada redentora en defensa de América; formuló Turgot en leyes beneficiosas el nuevo cánón económico; se levantó Necker al ministerio, estableciendo la libertad religiosa en los hechos antes de que pudiera formularse con toda solemnidad en los códigos; escribió Sieyes folletos de pensamientos nuevos prácticos y de forma popular llana; produjéronse fenómenos mentales colectivos de intensidad tan viva y de

fuerza creadora tan extraordinaria, que se reunieron los innovadores en las salas de los Estados Generales de Versalles, como se habían reunido muchos siglos antes los apóstoles en los recintos del Cenáculo de Jerusalén, cayendo sobre las frentes de los elegidos para esta fase del progreso aquellas lenguas de fuego, á cuyo calor y luz, Mirabeau en Francia, como antes San Pablo en Damasco, soterró el viejo mundo de los privilegios y evocó el nuevo de la libertad y del derecho. Todos en la revolución pusieron sus manos; pero, entre todos los factores, predestinados á producir un estado mental nuevo, generando así el espíritu revolucionario, no lo hubo comparable al teatro, quien, por el cebo de la curiosidad y para el recreo que procuran las artes y las letras, en cuyos senos todos nos holgamos, cautiva las muchedumbres, que á diario se reunieron en aquellos espacios de divertimento y ocio, donde un verso feliz ó un chiste oportuno difunden la idea relampagueante que os abrasa las venas y os mueve, no sólo al culto de la libertad, al combate y al esfuerzo por tan vital principio. Los pensamientos revolucionarios en carne y hueso, los ideales nuevos encerrados en un horizonte sensible á la vista común, los episodios animados por un soplo de vida, los argumentos que interesan, los refranes que corren, los dichos agudos que formulan creencias abstractas y teorías inaccesibles al vulgo, hicieron en aquella sazón, cuando la prensa no se había desarrollado todavía y acababa de surgir la tribuna, idealidad tan popular y tan extensa, que si pudiéramos dividir los elementos de la revolución y analizarlos, como dividimos y analizamos los elementos del aire ó del agua, no habría ninguno que tanto hubiese cooperado á su estallido y á su triunfo, como el teatro, donde las ideas herían á un tiempo el entendimiento colectivo y la sensibilidad popular.

No puede olvidarse lo que fuera el *Barbero de Sevilla* en los apercebimientos y preparaciones de la revolución. Pues lo que fuera entonces aquella obra cómica, es ahora, en el estallido y triunfo revolucionario, la trágica obra llamada *El Rey Carlos IX*, escrita por el célebre José María Chenier, y representada en los días de la entrada del cuitado Luis XVI en las Tullerías, donde le anticiparon los sucesos la prisión del Temple y á ella le apercebieron. Seguramente no brillaba *Carlos IX* de Chenier con el mérito literario resplandeciente de suyo en el *Barbero* de Beaumarchais. Más poeta, más clásico, más escritor, más hablista y versificador Chenier que Beaumarchais, carecía de la inventiva, de la originalidad, del escénico arte, de la destreza en anudar enredos, de la inspiración para vivificar los personajes que habían dado á la obra cómica de su predecesor en la escena y de su contemporáneo en la vida un relieve tan alto para las letras y un influjo y un poder tan soberanos sobre la sociedad. Aparte los acompañamientos naturales al coturno trágico; las lentitudes litúrgicas de tal género literario; la pesadez del hexámetro, larguísimo á las orejas españolas acariciadas por el alado romance; Chenier en su obra revolucionaria quiso prestar á los personajes redivivos á su voz el arte sancionado por la tradición literaria que consagra-

ran Aristóteles y Horacio y Boileau; con lo cual se sobrepusieron tristemente á la realidad y á la vida lo artificioso con lo convencional, dando una obra erudita, que podía excitar las pasiones por su argumento histórico, más que por su hechura literaria. Y estaba de tal modo formulado el Canon poético en Francia para el Teatro; pesaban las tradiciones con tal pesadumbre sobre todos; se imponían el gusto y el genio de Luis XIV á las generaciones con tal imperio, que mientras dentro del horno revolucionario se había derretido la corona de cien reyes, no se había quemado ni una hoja siquiera del Código de Boileau. Así tomóse por una grande innovación literaria que Chernier cogiera personajes de la historia francesa y los colocara en el clásico teatro donde sólo cabían los griegos y los romanos; á lo sumo, alguna que otra mujer hebrea, como Judith ó como Esther. Para convenirse de cuanto evitaban la historia nacional aquellos trágicos franceses, basta recordar que ninguno llevó al teatro Juana de Arco, fundadora de su nacionalidad, y llevaron al Cid, fundador de la Nacionalidad Castellana. Por tanto, aunque no tuviera otro mérito para los franceses el poeta Chernier, tendría éste muy considerable; haber sido el fundador de la tragedia Nacional, consiguiendo interesar en los dolores y en las tristezas de personajes suyos á los franceses, que sólo interesaban por el puñal de Bruto, por la lengua de Cicerón, por las entrañas de Agripina, por los vicios de Tiberio, por las elegías de Casandra, por aquellas escenas y aquellos tipos, muy alejados en el tiempo y en el espacio, como si únicamente la distancia produjese la poesía.

Lo único trascendental de tamaña obra, en verdad, era el título y el objeto y el argumento de su enredo y urdimbre. Un rey asesinando á su pueblo; una idea religiosa exigiendo más víctimas que la revolución exigía; una triste aristocracia, de cuyos individuos degollaba la mitad á la otra mitad; unos súbditos cazados por sus protectores en las calles del antiguo París y en las orillas del verdinegro Sena; unos frailes cómplices de mil atentados y reos de mil crímenes; una Monarquía en todo el delirio de su borrachera producida por los vapores de la sangre que sus verdugos le escanciaran; una Reina que parecía furia de la matanza y musa del exterminio; los horrores del régimen absoluto sumados á los horrores de las guerras religiosas habían de producir efecto extensísimo y profundo en aquella generación, á quien las ideas interesaban sobre todo, y que se disponía, en sus intensas exaltaciones, generadoras de hondos sacudimientos, á cortar de raíz el árbol nefasto, cuya sombra terrible avivara tan múltiples y tan negras maldades. Por manera que á la tragedia le pasaba lo mismo que á la Monarquía: salíase de Versalles para entrar en París; daba de mano al tipo consagrado por la tradición, al tipo interesante á Grecia y Roma para presentar el tipo interesante del pueblo francés. Notábase lo mismo en todas partes: la transformación más ó menos violentada por el incendio de las revoluciones; una orientación de los espíritus empujados al cambio radical por las ráfagas de tan deshecha tempestad. Por aquel tiempo la pintura decía, como el teatro, cuanto se guardaba oculto y ateso-

rado en los ánimos, pues mientras el teatro fiscalizaba con furor á los reyes, la pintura evocaba las siniestras líneas de los enemigos de la Monarquía, despertando la sombra de Bruto y haciendo pasase con su recuerdo el culto de republicano tan austero á todos los corazones que latían encendidos en amor hacia la libertad y á todas las voces que proclamaban entre los relámpagos del Sinaí revolucionario, su amor á la patria redimida de toda tiranía. Por manera que mientras el teatro con Chenier se hacia romántico, no por su forma siempre clásica, por su argumento, sacado de tiempos cercanos; la pintura se hacia clásica y evocaba los apartados tribunos antiguos para vivificar y establecer las libertades modernas. Pero toda esta irradiación de ideas que bajaba en efluvios al corazón, iba produciendo la vía láctea de pensamientos y hechos, á cuyos calorosos resplandores una revolución surgía destruyendo con sus explosiones fulgurantes los viejos tronos y levantando á la libertad el alma de los pueblos.

El 4 de Noviembre se representó en 1789 la tragedia. No obstante haber pasado la pública gobernación del Rey al Parlamento, dudó muchísimo en permitir la representación un alcalde como Bailly. Ni aun después de tomada la Bastilla y presa la Monarquía en París, notábase inclinación alguna del pueblo á la República. Para quitarle todo amargo dego y toda intención antirrealista, Chenier dedicó al Rey la tragedia y le llamó en la dedicatoria el príncipe modelo. Durante los tiempos del Congreso Nacional y de la novísima Constitución, el pueblo no experimentaba los arrebatos de furia prestados más tarde á su alma por la implacable discordia. Dijera lo que dijera el buen Chenier, la tragedia «Carlos IX» trascendió de suyo á obra completamente antimonárquica, y condenó en las tablas del teatro al Rey con las fulminaciones del genio antes que subiese á las tablas del cadalso entre los anatemas y las fulminaciones de todo un pueblo. No puede quien presenta un Rey cazador de sus súbditos como Carlos IX; una Reina envenenadora y siniestra, como Catalina de Médicis, regia y católica Furia, evadirse á sembrar alusiones, que si dañaban la historia de los reyes muertos, herían el corazón de los reyes vivos. Las memorias del marqués de Ferrieres, describiéndonos los efectos de la obra en aquella multitud, nos cuentan cómo al toque de rebato se trastornaba el sentido popular; cómo á los tiros disparados en la natanza, el furor común subía en grados inexplicables; cómo se comunicaban unos á otros los espectadores las palabras de odio y las consignas de venganzas. Camilo Desmoulins, gran periodista, y como gran periodista, dotado del dón de los dichos oportunos y de las fórmulas felices, frotábase las manos de gozo en su palco viendo tal obra, y aseguraba que servían sus versos á la revolución y la prosperaban con servicios extraordinarios y superiores á cuantos le prestaran las jornadas de Octubre. No menos gráfica la frase de Danton resumiendo la transcendencia de aquel monumento levantado contra la realza después de haber caído con la Bastilla su postrimer seguro. «El barbero Figaro mató la aristocracia; el Rey Carlos IX mata la Monarquía.» Beaumarchais intentaba detener la

revolución después de haberla impulsado; y se dolía tanto de que hubieran permitido el «Rey Carlos IX», como antes se holgara con que hubieran permitido el *Barbero de Sevilla*. Mas las premisas por él sentadas habían de traer las consecuencias indeclinables, pues nadie podrá nunca romper la lógica de los hechos, ni contrastar aquel elemento que llamamos fuerza y rigor de las cosas. Para comprender todo el daño que Carlos IX á la realza infería, necesitamos evocar la época y ponerla con toda su verdad y en toda su desnudez ante los ojos del lector. Lea si gusta.

Parece imposible: Francia, el pueblo de las iniciativas revolucionarias creció de tal virtud en el momento supremo de la revolución religiosa. Él, que había echado con el pacto de Carlo Magno las bases fundamentales de la Edad Media; que había erigido con los monjes de Cluny el Pontificado católico y la unidad religiosa en el siglo undécimo; que había comandado las cruzadas, ese gran movimiento de renovaciones continuas con Pedro el Ermitaño y Godofredo de Bouillon; que había por su Felipe el Hermoso y por la disolución de los Templarios diseminado á los cuatro vientos los gérmenes del Estado civil y laico; dejó como si estuviera paralizado, en los siglos décimo-quinto y décimo-sexto, la iniciativa de los grandiosos descubrimientos á Portugal, y la iniciativa del nuevo arte á Italia, y la iniciativa de la nueva religión á Alemania, y la defensa del catolicismo á España, y la fundación del régimen parlamentario á Inglaterra; necesitando, sin duda, recoger todas sus fuerzas para llegar á las dos obras mayores del espíritu humano, y á las consecuencias capitales de la Reforma y del Renacimiento, á la humana filosofía del sentido común y á la Revolución Francesa, por cuya virtud se devolvió á la conciencia su intimidad interior, al hombre todos sus naturales derechos y á las naciones su inmanente soberanía. Entonces, en la crisis religiosa, Francia no quiso decidirse ni por el catolicismo ni por el protestantismo, incierta entre los dos polos, como la brújula del Ecuador. Francisco I intentó reemplazar la religión de la nueva y la religión de la vieja fe con la religión del arte; y no pudo conseguirlo. En su tiempo comenzaron las persecuciones religiosas; ardieron las hogueras devoradoras de los nuevos mártires; verificáronse los enlaces de él mismo y de su familia con las princesas de sangre italiana y con las princesas de sangre española, entregadas unas por el Emperador y entregadas otras por el Papa; mas al mismo tiempo, Francisco I envía su anillo á Solimán, excita las resistencias del Rey británico á la Iglesia Católica, protege la liga de los príncipes luteranos y jura el exterminio de la nación española, brazo formidable del imperio católico y aliento universal de la reacción europea. Merced á tal incertidumbre arriba, formáronse abajo dos formidables partidos, más bien políticos que religiosos, pero con la religión por divisa; el partido de los Condés y de los Colignys, calvinistas, y el partido de los Lorenas ó de los Guisas, exclusivamente católico. Pero este segundo partido, el de los Guisas, intentó en sus comienzos una trama que no tenía razón de ser, más urdida por el sentimiento que por el raciocinio, intentó una escuela católica, una política católica, una